

proyecto de obras

DE UN ALCALDE BOCAIRENTINO DE 1784

Por José Antonio Martínez Bara
Vicedirector del Archivo Histórico Nacional.



En Bocairente, a 18 de julio de 1784, elevaba al Consejo de Castilla un memorial el alcalde ordinario don Francisco Belda y Pla en el que nos habla de que, desde el instante en que había tomado posesión de su empleo, se había aplicado a examinar seriamente las obras de

mayor necesidad y provecho al común. Entre ellas la primordial era la reedificación del acueducto introductor de las aguas en la villa para el uso de los vecinos, de la que, repartida en siete fuentes, pasaba su sobrante a tres tintes de lana, y después de usada pasaba a varios huertecitos de todo género de verduras para su riego.

Como una obra de tal envergadura podía dar lugar a contradicciones, solicitaba para él y para las demás autoridades que le siguieran aprobación del Consejo, ya que se perseguía con ello imponderables utilidades y ventajas al común y a la fábrica de paños.

El referido acueducto tenía tres mil setecientas varas valencianas de longitud y le atribuía la misma antigüedad de construcción que a la de la fundación de la villa.

El agua caminaba por una encañada subterránea distante de la superficie de la tierra como una vara de profundidad en algunas partes y dos, tres y cuatro en otras, y por unos arcaduces de un jeme o palmo de ancho, por cuya causa no podía recogerse toda el agua del nacimiento, perdiéndose otra tanta sin ningún provecho. Al pasar el agua subterráneamente sucedía que las raíces de los árboles plantados en las inmediaciones buscaban la humedad, rompían la encañada, se introducían dentro de los propios arcaduces en los que, poco a poco, formaban una gran madeja que obstruía el curso regular del agua, con lo cual no sólo escaseaba en la población, sino también la viciaba, sobre todo si los árboles eran higueras u otros de esta naturaleza. Para remediar este daño rompían muchas veces los albañiles infructuosamente una gran parte de la encañada, pues, como quedaba oculto, era difícil atinar el sitio exacto. En estas reparaciones frecuentes la villa gastaba todos los años de cincuenta a cien pesos. Para evitar el gastos, aprovechar el agua desde su nacimiento y conducirla a las fuentes con la pureza, bondad o frialdad que tenía en el manantial aun en verano, era indispensable una encañada más ancha que la actual y que el agua no pasase por medio de arcaduces, sino por una tejas napolitanas del ancho de media vara y media cuarta de elevación en las paredes y por encima una bóveda bien hecha, capaz para poder



entrar en ella un hombre para recorrer todo el acueducto, limpiarlo cuando se ofreciere y remediar los daños. Opinaba el alcalde que la obra, a su vez de las más útiles y deseables por todos, quizás sufriese la contradicción de los dueños de las tierras por donde pasaba el agua, pues la bóveda que se había de hacer al nuevo acueducto sobresalía en algunas partes a la superficie de la tierra, y por consiguiente quedarían privados de ese terreno, aparte de la prohibición de plantar árbol alguno a seis varas lo menos de la encañada para evitar que las raíces se introdujeran en ella.

Por este medio se conseguiría mayor bondad en el agua de bebida, más abundancia de fuentes, que, además de servir de adorno de la población, serían de comodidad para los vecinos por tenerlas más cerca de sus casas. A los tintes les beneficiaba por poder tintar y lavar con más comodidad y mejor las lanas y paños, y a los huertecitos aprovechar los remanentes.

El coste del nuevo acueducto, según sus cálculos, ascendería a unos ciento veinte mil reales de vellón. El sobrante de propios de la villa destinado a pago de acreedores montana anualmente unos ochocientos pesos. Si de ellos se destinasen a este fin trescientos y se pasasen dos tandas de villa todos los años en el sentido de que a los labradores que tuvieran caballerías les apremiasen a que en el tiempo más desocupado del año acopiasen a pie de obra el material durante un par de días y los restantes vecinos contribuyesen al arbitrio de justicia por cada tanda cuatro, tres, dos o un real según la posibilidad de cada uno, con ello y con otro arbitrio que insinuaría más adelante creía que se concluiría la obra en unos ocho o diez años sin gravar mucho al común.

Decía a continuación que la mayor parte del vecindario se componía de gente empleada en la fábrica de paños. El jornal regular era de tres reales de vellón. Si se les hacía contribuir con dos reales el día que les tocase de tanda y no se les precisaba que fuesen a trabajar en la





y el importe de la suscripción, si se estimaba oportuno. Si se daban cuentas todos los años al corregidor de la cabeza del partido, con relación de las varas de acueducto que hubiesen hecho y materiales que dejaban al sucesor (y aun convendría todos los años enviase el corregidor un comisionado para comprobar las medidas), con el importe de dos o tres dietas se cortarían los fraudes. Las autoridades que no cumpliesen debían poder ser privadas de entrar otra vez en el gobierno en pena de su desidia.

Acababa expresando que una villa como la de Bocairrente, que tendría unos ochocientos vecinos, a la vuelta de unos años podría hacer diferentes obras útiles, sin incomodidad de los vecinos, si todos los alcaldes, en su año de mandato, se dedicaban a emprender una obra de provecho.

Este expediente de 1784, contenido en el legajo de la Sección de Consejos 37.225, de marzo de 1806 y agregado a otro de esta fecha, nos refiere más datos sobre cómo la obra del acueducto se encargó al arquitecto don Vicente Gascó y de la ejecución al maestro de esta clase de obras Blas Bellido y que se terminó el año de 1795. Para el año que viene, si Dios quiere, completaré, si puede tener interés, todo lo referente a ello en artículo más extenso.

Madrid, 17 de noviembre de 1977.

citada obra les quedaría de beneficio un real. Con los de la contribución y algo más se podía poner en lugar de ellos un buen peón que haría en un día lo que cuatro cardadores, que no estaban acostumbrados al trabajo de la construcción.

Acusaba a los vecinos acomodados de que cuando les tocaba una tanda de villa para componer los caminos solían buscar un hombre enteramente inútil, al que daban real y medio o dos reales; pero este sujeto no servía de nada, sino para dificultar o ser mero testigo de lo que se hacía. Los justicias toleraban este abuso, lo que no debiera ser, sino obligar a aquéllos a que pagasen el precio de un jornal y buscar un buen peón que trabajase bien.

No se paraba en barras el alcade y pedía a los clérigos que contribuyesen como los seculares al coste de esta obra, lo que no se lograría sin que el Consejo, caso de aprobar la obra, lo mandase. Tampoco contribuían los eclesiásticos en la composición de caminos. Aunque algunos alcaldes habían recurrido al señor arzobispo de valencia, no habían producido efecto alguno dichas representaciones ni merecido las autoridades contestación alguna.

El otro arbitrio a que había aludido era el de abrir una suscripción para que todos aquellos vecinos que quisieran tener en su casa una fuentecita de una pluma de agua contribuyeran por una sola vez con cien pesos. Con la vigésima parte del agua perdida al presente se podía sacar, si se encontrasen compradores, dos mil pesos. Pero, ajustándose a la realidad, quizá sólo hubiera diez suscriptores de esta compra o sea que se sacarían mil pesos.

Para que no sucediera a esta obra lo que a otras muchas, quedar abandonada y sin concluir, era menester mandar rigurosamente a todos los alcaldes sucesivos que tuviesen obligación de continuarla e invertir la cantidad que se consignase con el producto de dos tandas de villa

